

Antonio Alatorre

Los 1001 años
de la lengua española

Tercera edición, algo corregida y muy añadida

Lengua y Estudios Literarios



Primera edición, 1979
Segunda edición, 1989
Novena reimpresión, 2001
Tercera edición, 2002
Primera reimpresión, 2003

Alatorre, Antonio

Los 1001 años de la lengua española / Antonio Alatorre. —
3ª ed. — México: FCE, 2002
416 p.: 23 × 15 cm — (Colec. Lengua y Estudios Literarios)
ISBN 968-16-6678-X

I. Español — Historia I. Ser II. t

LC PQ7297 .A42 L67 Dewey 460.9 A323m

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

Comentarios y sugerencias: editor@fce.com.mx
Conozca nuestro catálogo: www.fondodeculturaeconomica.com

D. R. © 1979, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-6678-X (tercera edición, rústica)
ISBN 968-16-6703-4 (tercera edición, empastada)
ISBN 968-16-3116-1 (segunda edición, rústica)
ISBN 968-16-5532-X (segunda edición, empastada)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

I. LA FAMILIA INDOEUROPEA

CONOZCO A UN CABALLERO llamado Guillermo Ramírez España, descendiente de cierta Josefa Ramírez, nacida hacia 1645. El señor Ramírez España tiene noticias fidedignas no sólo acerca de la descendencia de esa Josefa Ramírez (hermana, por cierto, de Juana Ramírez, llamada luego sor Juana Inés de la Cruz), sino también acerca de los ascendientes: la madre, Isabel Ramírez, y el abuelo, Pedro Ramírez, y sabe que el padre de este último se llamaba Diego Ramírez. [Su árbol genealógico cubre, así, algo más de cuatro siglos.] Yo, en cambio, no tengo noticias ni de uno solo de mis bisabuelos. Mi árbol genealógico es pequeñito. Y el del señor Ramírez España se queda chico en comparación con árboles genealógicos de mil años o más. Claro que los individuos capaces de exhibir una historia continua de su familia a lo largo de tanto tiempo son relativamente raros. Pues bien, eso que es raro en la historia de los individuos es, en cambio, frecuentísimo en la de las instituciones sociales: el derecho, las religiones, las costumbres, las artes, todo lo que solemos llamar fenómenos culturales. Y de estos fenómenos, los que tienen la más larga historia continua son las lenguas del mundo. (Hay pueblos con poca historia externa y "visible", pero no los hay sin una lengua perfectamente acorde con su cultura, y que constituye, así, su historia íntima y profunda.)

Esta continuidad es la esencia misma del lenguaje. Tomemos la palabra rosa. Viene directamente del latín, pero la palabra latina rosa tiene que ser continuación o descendencia de otra, y los lingüistas se han ocupado de encontrarle un antepasado. Disponen para ello de un método comparativo muy refinado y rigurosamente científico. Han comparado el nombre latino, de la rosa con el que tenía en las distintas lenguas de la vasta zona euroasiática, donde se originaron las rosas, por ejemplo rhodon en griego y gul en persa, y han podido "reconstruir" una raíz,

innovación
difusión
adaptación

wrod-, de donde tienen que haber procedido las tres distintas palabras. Pero el origen de wrod- es desconocido.

Muy distinta de la historia de *rosa* es la de muchísimas palabras que empleamos todos los días, por ejemplo *más*, *maestro*, *tamaño*, *mayor*, *majestad*, *mayo* y *matar*. Vienen de las palabras latinas *magis*, *magister*, (*tam*) *magnus*, *maior*, *maiestas*, *maius* y *mactare*. La idea básica de todas ellas es 'grande' o 'más grande', o bien 'grandeza', preeminencia, incluso en *maius* (el mes de mayo se llamó así en honor de Maia, suprema diosa de la vida en la religión itálica) y en *mactare* (que era sacrificar víctimas en honor de los dioses inmortales). Todo lo cual lleva, sin sombra de duda, a una raíz común, que podría ser MAG(H)-, pero que es más bien MEG(H)-. De esta raíz proceden muchas otras palabras de distintas lenguas, por ejemplo el griego *megas* 'grande' (presente en *megaterio*, *megalomanía*, *megatón*, etc.) y el sánscrito *maha*, también 'grande' (y presente en *Mahabharata* 'la gran historia', 'la epopeya'). A lo largo del tiempo, la raíz MEG(H)- produjo, pues, *megas* en una lengua, *maha* en otra y *magnus* en otra. En la misma situación que MEG(H)- está REG-, de la cual brotaron ramas en muchas lenguas: latín *rex* (*reg-s*) 'rey', *regere* 'regir', (*di*)*rectum* 'derecho', (*cor*)*rectum* 'corregido', etc., germánico *reg-to* (de donde inglés *right* 'derecho'), latín *regula* 'regla', germánico *rig-yo* (de donde alemán *Reich* 'reino'), fránico *riki* 'rico', sánscrito *raja* 'rey'.

Conocida es la palabra *maharajah*, que puede parecer pintoresca, pero que en la India es (o ha sido hasta hace poco) respetable en sumo grado. En ella se junta un descendiente de MEG(H)- (*maha*) con un descendiente de REG- (*raja*). Cuando en el siglo XIX comenzaron los hispanohablantes a leer cosas sobre la India (viajes, novelas, etc.), se toparon naturalmente con la palabra, y naturalmente la hispanizaron y la utilizaron, y así se dice "vivir como un marajá", o sea en la más desenfrenada opulencia. Tal vez sea muy tarde para sugerir una hispanización más adecuada: *majarraya* (*maha raja* = *magnus rex*).

Las raíces MEG(H)- y REG- pertenecen a un idioma viejísimo, anterior al invento de la escritura, y que a pesar de ello es ahora extraordinariamente bien conocido. Me refiero, por supuesto, al indoeuropeo. Nuestra lengua madre, el latín, no fue sino uno de los muchos pimpollos del in-

doeuropeo. Una de las más brillantes hazañas de la lingüística, llevada a cabo a lo largo de más de dos siglos, ha sido la reconstrucción minuciosa (hasta en detalles ínfimos) de ese idioma que no se escribió nunca; varias generaciones de lingüistas lo han sacado a la luz desde las tinieblas de la prehistoria. *-> *.

Los primeros indoeuropeístas, alemanes sobre todo, creían que el indoeuropeo había nacido en la porción germánica de Europa (entre el Mar del Norte, el Báltico y los Alpes), y esto propició el mito de los "arios", superhombres rubios y ojiazules que llevaron su cultura hasta la India, mito que les vino de perlas a los nazis, inventores de la swástica —o, según el mito, "devolvedores" de ese signo de buena suerte de los templos hindúes a su lugar de origen. (En sánscrito, svástika significa 'buena suerte').** La primera teoría seria, fundada en ciertos hallazgos arqueológicos, situó la cuna del indoeuropeo entre el Mar Negro y las llanuras del Volga y el Ural. Ahora parece que esta teoría va a quedar suplantada por otra también seria, también arqueológicamente documentada, según la cual el indoeuropeo (o protoindoeuropeo) tuvo su origen en el territorio que se extiende desde el sur del Mar Negro hasta el Cáucaso y las fuentes del Eufrates, o sea la porción oriental de la península Anatolia o Asia Menor. Fue en esta fértil región donde por primera vez hubo agricultura, divino invento que marcó el final de milenios de existencia nómada. Los anatolios fueron ya un pueblo sedentario: a lo largo del año sembraban sus campos, los cosechaban y almacenaban el grano. Los excedentes de la producción se tradujeron en

* Una consecuencia inesperada de la ocupación de la India por los ingleses fue el descubrimiento de la relación del sánscrito (el idioma sagrado de la India) con varias lenguas europeas. El descubridor, sir William Jones (1786), dedujo que estas lenguas eran hijas del sánscrito. Pero después de no mucho se averiguó que el sánscrito no era lengua madre, sino una de varias lenguas hermanas (el griego, el latín, etcétera).

** Excepto quizá algunos neonazis, todo el mundo rechaza ahora semejante mito. En Alemania, sin embargo, por la fuerza de la costumbre la designación común del indoeuropeo es *indogermánico*. El maravilloso diccionario etimológico (1959) de Julius Pokorny, que contiene el vocabulario de derivación indoeuropea de todas las lenguas en que existe, se llama *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*. — Por cierto que lo he aprovechado mucho, como también dos artículos publicados en el *Scientific American*: el de Colin Renfrew (octubre de 1989) y el de Thomas V. Garmkrelidze y V. V. Ivanov (marzo de 1990).

riqueza y en expansión geográfica. Junto con su invento, los anatolios difundieron sus maneras de llamar las cosas; o bien, simultáneamente, a medida que adoptaban la agricultura, los pueblos comarcanos iban aprendiendo cómo se decía 'sembrar', 'uncir los bueyes', etc. (tal como nosotros, al adoptar el fax, automáticamente añadimos a nuestro vocabulario español la palabra *fax*). Las designaciones del trigo, la cebada, el lino, la manzana, la vid, el encino y el sauce, el caballo y el buey (y el yugo y la rueda) tienen que haberse difundido con gran rapidez. Y, como todo está trabado, muy pronto se añadieron voces relativas a otros aspectos culturales de la sociedad anatolia o hitita (sus quehaceres, su organización social, sus creencias).

El nacimiento de la agricultura, cinco o quizá seis milenios antes de Cristo, queda así firmemente vinculado con el nacimiento de las lenguas indoeuropeas. El invento de los anatolios, junto con su lengua, se expandió por un lado a Persia y la India y por otro a los países mediterráneos. (Irónicamente, a los pueblos germánicos les llegó la gran revolución bastante tarde: hacia el segundo o tercer milenio antes de Cristo.) Hay que añadir que los hallazgos arqueológicos hechos en el Cercano Oriente (y aun en Tocaria, el actual Turkestán) han confirmado la solidez de la teoría anatolia.

Bien podríamos, pues, identificar el anatolio con el protoindoeuropeo. Pero hay que tener en cuenta las contaminaciones, transformaciones y fragmentaciones que inmediatamente deben de haber comenzado. Por lo pronto, han podido delimitarse cuatro ramales primigenios:

1. anatolio. Su variedad más conocida es el hitita. Dueños de toda la Anatolia hacia el año 1400 a.C., los hititas parecen haber sido los primeros en escribir una lengua indoeuropea (escritura cuneiforme en tabletas de la "biblioteca" de Hattusas). Pero el hitita y otras lenguas afines del Asia Menor, como el licio y el lidio, no vivieron mucho tiempo.

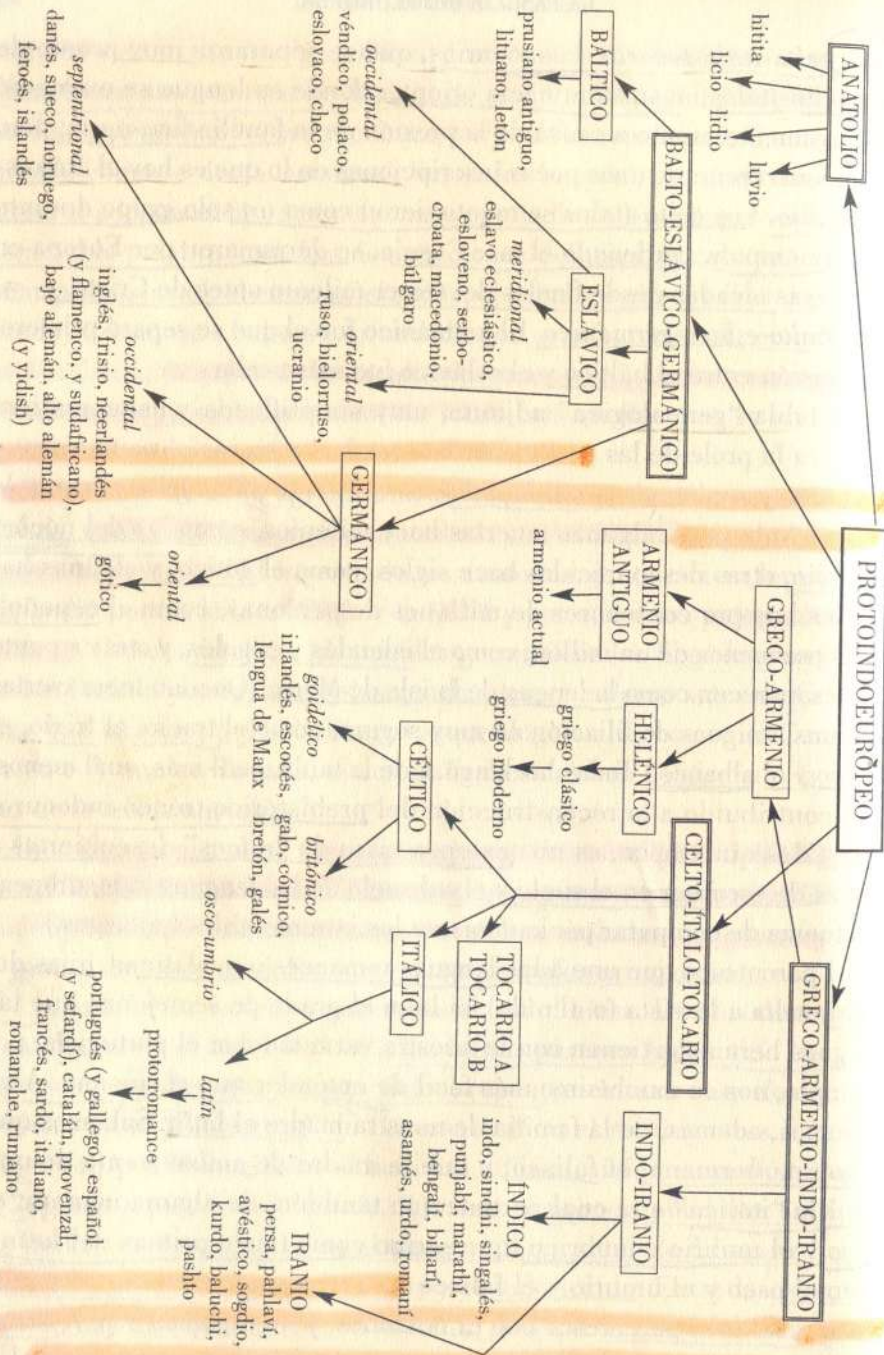
2. greco-armenio-indo-iranio. Fue éste el primer ramal que salió de los límites de Anatolia; ya en el tercer milenio antes de Cristo se había escindido en dos: el greco-armenio y el indo-iranio. Entre las lenguas índicas hay una que no vive en la India, sino que vaga por el mundo: es el romaní, el idioma de los gitanos.

3. celto-italo-tocario. Los tocarios, que se separaron muy pronto de los celto-italos, avanzaron hacia oriente, donde su lengua se extinguió relativamente pronto a causa de la presión de la familia fino-ugria, pero dejó como recuerdo unas pocas inscripciones en lo que es hoy el Turkestán chino. Los celto-italos se mantuvieron como un solo grupo durante algún tiempo y, bordeando el mar Caspio, se derramaron por Europa en sucesivas oleadas desde finales del tercer milenio antes de Cristo. 3000 A.C.

4. balto-eslavo-germánico. El germánico fue el que se separó primero; la escisión entre el báltico y el eslávico fue más tardía.

La tabla "genealógica" adjunta, muy simplificada y esquemática, muestra la prole de las cuatro familias-madres y marca el parentesco, a veces muy cercano, a veces lejanísimo, existente entre gran número de lenguas europeas, algunas muertas hace milenios, como las del núcleo anatolio, otras desaparecidas hace siglos, como el gótico, y algunas habladas hoy por centenares de millones de personas, como el español, otras por menos de un millón, como el islandés y el galés, y otras a punto de desaparecer, como la lengua de la isla de Manx. (Quedan fuera ciertas lenguas antiguas de filiación no muy segura, como el tracio, el frigio, el ilírico y el albanés.) Todas las lenguas de la tabla, cuál más, cuál menos, han contribuido a la reconstrucción del prehistórico tronco indoeuropeo. (Más que tronco, es una extensa masa de "raíces" descubiertas a fuerza de escarbar en el suelo y el subsuelo de las lenguas indoeuropeas y a fuerza de comparar pacientemente los innumerables hallazgos.)

El parentesco que une a las lenguas romances o neolatinas, hijas del latín, salta a la vista (o al oído), si bien el grado de semejanza que las lenguas hermanas tienen con la nuestra varía mucho: el portugués, por ejemplo, nos es muchísimo más fácil de entender que el rumano. Algo sabemos, además, de la familia de nuestra madre el latín. Sabemos que tuvo una hermana, el falisco, y que la madre de ambas venía de una familia "itálica" a la cual pertenecían también, de alguna manera, el osco y el umbrío o úmbrico (que serían como tías o primas del latín), pero el osco y el umbrío y el falisco no se conocen sino muy borrosamente. Nuestro parentesco con el holandés, y no digamos con el armenio o con el bengalí, es infinitamente más difícil de establecer. Un



hecho es claro: en nuestros días las lenguas indoeuropeas son habladas aproximadamente por media humanidad, y en ellas se escribe mucho más de la mitad de cuanto se imprime y publica en el planeta.

Hay mucho que decir en cuanto a la supervivencia de los materiales indoeuropeos en las distintas lenguas hijas. Desde luego, ninguna de éstas abarca, ni mucho menos, la totalidad de las raíces que se han descubierto. Sin ir más lejos, el español conserva las raíces ES- y STĀ- en sus verbos *ser* y *estar*, pero el francés no tiene el verbo *estar*. El griego y el inglés, para poner otro pequeño ejemplo, se remontan al binomio indoeuropeo *pater/māter* para sus respectivas designaciones del 'padre' y la 'madre', pero sus designaciones del 'rey' no proceden de la raíz REG-, sino que tienen, cada uno, su historia aparte. Donde se encuentra la mayor concentración de raíces indoeuropeas es en el sánscrito (porque, gracias a la escritura, el sánscrito quedó sacralizado, o sea inmobilizado, a diferencia del prácrito, que es su variante hablada).

Vuelvo al latín. Para un hispanohablante (uruguayo, español, mexicano, lo que sea) no es cosa del otro mundo aprender, si no la lengua madre, si las lenguas hermanas, y puede ver que la continuidad del español *olor de la rosa* respecto del latín *odor rosae* es exactamente la misma que muestran el portugués (*odor da rosa*), el francés (*odeur de la rose*), el italiano (*odore della rosa*), etc.* Pero si ese hispanohablante aprende también, por ejemplo, holandés y polaco, rara vez tendrá la posibilidad de descubrir conexiones con semejante claridad.

Tanto más impresionante resulta el caso de toda una serie de palabras que no sólo significan hoy exactamente lo mismo que hace 6.000 o 7.000 años, sino que sobreviven en todas las lenguas indoeuropeas, y son los numerales del 2 al 10 (no el 1, que tiene nombres variados). En el cuadro de la página 27 puede verse una muestra. Está primero el tronco original, el reconstruido por los indoeuropeístas; siguen 12 de sus descendientes, comenzando con el sánscrito y el helénico (las formas del cuadro

* Aprender a leer (a leer digo, no a hablar) judeoespañol, gallego, portugués, italiano, francés, provenzal y catalán es, además, fuente de muchas alegrías. Para echarse a leer rumano hace falta mucha paciencia: hay que estar todo el tiempo con el diccionario a la mano.

Sánscrito
Familia latina

son las usadas en el griego ático de hace 2 500 años). El ramal itálico está representado por el latín clásico y por el francés. El céltico, por el irlandés antiguo y por el galés. El germánico, por el gótico (lengua muerta) y por el alemán y el inglés. El báltico, por el lituano. El eslávico, por el eslavo antiguo (o "eslavo eclesiástico") y por el polaco. Al final, como contraste, se añaden cinco lenguas no indoeuropeas: húngaro, turco, náhuatl, vascuence y japonés.

Explicar la pronunciación de las distintas voces, y sobre todo la razón de las diferencias que muestran entre sí, requeriría un espacio enorme. Pero el lector puede observar, por ejemplo, a) que el sánscrito no es la lengua que más se parece al indoeuropeo original; b) que el griego tiene en su 6 y en su 7 una *h-* en vez de la *s-* del latín y de las demás lenguas indoeuropeas (así también, la *h-* griega de *hemi*, en *hemiciclo*, corresponde a la *s-* latina de *semi*, en *semicírculo*); c) que el 9 griego comienza con un "anormal" elemento *en-*; d) que el báltico y el eslávico "anticipan" en su 9 la *d-* del 10... El lector puede descubrir nuevos puntos de comparación y llegar por su cuenta a nuevas conclusiones, porque en cualquier hablante de una lengua hay un lingüista en potencia. (El 10 húngaro, *tíz*, se parece al *dix* francés, pero debe ser casualidad. En cambio, no parece casual que el 6 vascuence sea *sei*: debe ser préstamo del español.) La ciencia lingüística nació de la comparación, y en este cuadro hay mucho que comparar.

En resumen, la historia de la lengua española no se inicia hace 1 001 años, sino hace muchos, muchísimos más. Nuestra lengua es el indoeuropeo. Aun cuando a lo largo de los siglos hayamos alterado las palabras, y olvidado muchas y adoptado otras muchas, el núcleo de nuestro vocabulario sigue siendo el mismo. Y no sólo de nuestro vocabulario. **Ciertos esquemas básicos de gramática y morfología** (por ejemplo los paradigmas de la conjugación: *fui, fuiste, fue, fuimos, fuisteis, fueron*) son también continuación de los del protoindoeuropeo. Con todas las alteraciones, la continuidad es perfecta.

En comparación con los 100 000 años seguros de la existencia del *Homo sapiens*, los 7 000 del indoeuropeo son poquísimos. Es claro que los hablantes del protoindoeuropeo no crearon de la nada su lengua,

10

9

8

7

6

5

4

3

2

Indoeuropeo

Sánscrito

Helénico

Itálico

Céltico

Germánico

Báltico

Eslávico

Lenguas no indoeuropeas

duō

dvaú

dúō

duo

deux

da

deu

twai

zwei

two

dù

dūva

dwa

kettó

iki

ome

bi

hiitotsu

trei

tráyas

treīs

trēs

trois

tri

tri

preis

drei

three

trÿs

trÿje

trzy

három

üç

yei

hiru

futatsu

kwetwer

catváras

téttares

quatuor

quatre

cethir

pedwar

fidwor

vier

four

keturi

četyre

cztery

négy

dört

nahui

lau

mittsu

penkue

pañca

pénte

quinque

cinq

cóic

pump

finf

fünf

five

penkl

pęty

pięć

öt

beş

macuilli

bost

yottsu

sueks

saḷ

héx

sex

six

sé

chwech

saihs

sechs

six

šeši

šestĭ

sześć

hat

alti

chicuace

sei

itsutsu

oktō

aṣṭau

oktō

octō

huit

ocht n-

wyth

ahtau

acht

eight

aštuoni

osmĭ

osiem

nyolc

sekiz

chicuei

zortzi

nanatsu

neuen

náva

ennéa

novem

neuf

nof n-

naw

niun

neun

nine

devynĭ

devęty

dziewięć

kilenc

dokuz

chicónahui

bederatzi

yattsu

dekm

dáśa

déka

decem

dix

deich n-

dec

taihun

zehn

ten

dešimt / lituano

desęty

dziesięć

tíz

on

mattactli

hamar

kokonotsu

10

9

8

7

6

5

4

3

2

Indoeuropeo

Sánscrito

Helénico

Itálico

Céltico

Germánico

Báltico

Eslávico

Lenguas no indoeuropeas

duō

dvaú

dúō

duo

deux

da

deu

twai

zwei

two

dù

dūva

dwa

kettó

iki

ome

bi

hiitotsu

trei

tráyas

treīs

trēs

trois

tri

tri

preis

drei

three

trÿs

trÿje

trzy

három

üç

yei

hiru

futatsu

kwetwer

catváras

téttares

quatuor

quatre

cethir

pedwar

fidwor

vier

four

keturi

četyre

cztery

négy

dört

nahui

lau

mittsu

penkue

pañca

pénte

quinque

cinq

cóic

pump

finf

fünf

five

penkl

pęty

pięć

öt

beş

macuilli

bost

yottsu

sueks

saḷ

héx

sex

six

sé

chwech

saihs

sechs

six

šeši

šestĭ

sześć

hat

alti

chicuace

sei

itsutsu

oktō

aṣṭau

oktō

octō

huit

ocht n-

wyth

ahtau

acht

eight

aštuoni

osmĭ

osiem

nyolc

sekiz

chicuei

zortzi

nanatsu

neuen

náva

ennéa

novem

neuf

nof n-

naw

niun

neun

nine

devynĭ

devęty

dziewięć

kilenc

dokuz

chicónahui

bederatzi

yattsu

dekm

dáśa

déka

decem

dix

deich n-

dec

taihun

zehn

ten

dešimt / lituano

desęty

dziesięć

tíz

on

mattactli

hamar

kokonotsu

sino que la heredaron, tal como nosotros heredamos la nuestra; su lengua tuvo una madre, y ésta la suya, y así hacia atrás durante milenios y milenios, hasta llegar a una "Eva" lingüística. Aquí nos hallamos en un océano infinito de incertidumbre. Algunos lingüistas del siglo XIX se pusieron a imaginar cómo fue el origen del lenguaje, incitando con ello a otros a imaginar cosas distintas, y hubo disputas tan enconadas —aunque carentes de base—, que en 1866 la Société de Linguistique de París prohibió la presentación de más ponencias sobre el asunto. Pero los grandes avances que se han hecho modernamente en muchos campos del conocimiento —paleontología, antropología, anatomía comparada, genética— le dan no pocas luces al lingüista. Desde luego, la especie zoológica *Homo sapiens* es la única capaz de comunicación mediante esa cadena de símbolos que es el lenguaje articulado (el hombre de Neanderthal no era *sapiens*). El lenguaje obedece a un hábito innato: todos poseemos una red neuronal hecha ad hoc para articular y estructurar el lenguaje hablado. Ya no resulta atrevido decir que los millares de idiomas del mundo, al igual que los miles de millones de seres que lo habitan, tienen un origen común.* Monogénesis en los dos casos. Y así como se ha llegado a una idea clara de lo que es el linaje (*phylum*) lingüístico indoeuropeo, así algunos tratan de agrupar en grandes linajes —familias de familias— todas las lenguas conocidas. Parece un comienzo prometedor. Si alcanzan a quedar definidos unos diez o doce grandes linajes, quizá pueda llegarse algún día, mediante la comparación, a una idea del lenguaje primero. El camino tendrá que ser muy distinto del de los indoeuropeístas, pues lo "comparable" va a ser de naturaleza muy distinta. Sin embargo, hay hechos que pueden hacernos entrever un lenguaje muy anterior a los siete milenios del indoeuropeo.

En las palabras indoeuropeas *pater* y *māter*, lo único específicamente indoeuropeo es el elemento *-ter*, usado en muchas otras palabras indoeuropeas (tal como el elemento *-ador* es lo único específicamente español de la palabra *esquiador*). El núcleo mismo es anterior al indoeuro-

* La diversidad de lenguas, reflexiona sor Juana en un pasaje del *Primero sueño*, es un espantoso castigo de Dios por lo de la Torre de Babel: a los seres humanos, que tenemos una sola naturaleza, nos hace extraños unos de otros esa diversidad.

peo. Y la prueba es ésta: en incontables lenguas no indoeuropeas el padre y la madre se llaman *pa(pa)* y *ma(ma)* o cosas por el estilo. Las voces *pa* y *ma* están en el origen del lenguaje, y no falta quien diga que son ese origen. Como quiera que sea, el postulado lingüístico de que "el lenguaje de la infancia nos lleva a la infancia del lenguaje" está resultando tan fecundo como el postulado biológico de que "en la ontogénesis se resume la filogénesis". Los millones de bebés "de habla española" que en estos momentos balbucean su *papa* y su *mama* (o cosas parecidas: *tata*, *baba*, *bebe*, *nene*...) están continuando la lengua de los orígenes.

(No es nada descabellada la idea de que el origen del lenguaje, hace muchísimo más de 100 000 años, es indistinguible del origen de la música, o sea que, en el principio, música y lenguaje fueron materialmente una sola cosa. Esta idea, desde luego, no es "probable", sino inprobable del todo —o sea indemostrable— con los medios de investigación actuales. Pero bien pueden surgir otros medios en el futuro. Además, siempre ha habido ideas que, sin posibilidad de demostración, tienen la fuerza suficiente para dejarnos totalmente convencidos de ellas: *sabemos* que son ciertas.)